

mencionado seriamente con tan cómico nombre por las Crónicas locales. En él se alistó Porfirio Díaz, alumno entonces del Seminario. Varias noches lo pusieron á hacer la guardia de la Cárcel, punto peligroso en días de agitación... Allí tuvo su *plantón*, arma al brazo, durante la larga velada ; allí la necesidad de regimenterse bajo *penas severas*, al mando del *Jefe de día*, con sus compañeros de servicio, todos en inteligencia secreta por la *consigna* y el *santo y seña*, ligados todos por el espíritu de cuerpo y el común peligro.

Lo más singular es que fué un presbítero belicoso, su maestro de Lógica, el que en aquella ocasión dió el primer impulso á sus facultades combativas :

« Un día del año de 1846, durante la guerra con los Estados Unidos, mi maestro de Lógica, el presbítero Don Macario Rodríguez no se ocupó para nada de la clase sino de llamar-nos la atención sobre el deber que teníamos algunos alumnos, ya en edad competente para tomar las armas de ofrecer nuestras personas al servicio militar para defender al país contra el invasor extranjero... Al terminar la clase, yo y algunos de mis condiscípulos nos presentamos al Sr. D. Joaquín Guergué, Gobernador del Estado para ofrecerle nuestros servicios. »

« El Gobernador, ignorando lo que nos impelia á proceder así nos preguntó : « ¿ Qué diablura habrán hecho ustedes ?... Mandó tomar nota de nuestros nombres, y al organizarse los batallones de guardia nacional que se llamaban « Constitución » y « Trujano », fuimos alistados en el último.... Hacíamos ejercicios... Teníamos que dar algunas guardias y patrullas cuando la guarnición se debilitaba por algunas salidas de las tropas en servicio activo. » (*Mem.*)

LIBRO III

LOS PRECURSORES

CAPÍTULO I

MORELOS Y DÍAZ

En el sentido ideal la preparación al militarismo nació con el eco todavía retumbante de las campañas de Independencia. La imaginación latina de Porfirio se dejó llevar por esas narraciones poéticas de las batallas, tan comunes entre nosotros, y que no son más que falsificaciones amables de una realidad á veces brutal, á veces grotesca.

Lo que flotaba en esta visión épica era el héroe aquel de las campañas oaxaqueñas cantado en la noche de la Distribución de Premios del Instituto de Ciencias y Artes... El sentimiento de devoción que en los Seminarios se cultiva en dirección á la Virgen ó algún

Santo, llegó á desviarse en el espíritu de Porfirio hacia el cura-soldado Dn. José M. Morelos.

En Morelos había dos hombres: el guerrero y el organizador político... En el curso de esta historia ciertos hechos y ciertos rasgos indicarán que la influencia de Morelos, procedente de admiraciones juveniles, se ejerce en el soldado y el gobernante Díaz.

Es un hecho de observación psico-histórica que, al relacionar personajes prominentes en la Ciencia, en el Arte ó en la Política resultan de tal modo ligados á través de los tiempos que, sin lazos ningunos de consanguinidad, uno parece *padre*; es, en efecto, padre espiritual del otro. Un literato que se llamó Chateaubriand resulta *padre* de Víctor Hugo, y éste, *padre* de Zola... Los ejemplos pueden acumularse respecto de la Música, Pintura y demás actividades superiores.

Los grandes hombres de guerra han dejado prole de generales. En nuestro país el cura Morelos hizo cría... No hablemos de su hijo natural, Almonte (1), sino para hacer notar que la semilla humana puede degenerar, en una sola reproducción directa, hasta el punto de que un Libertador engendre un aliado de Invasor. Cualquiera soldado mexicano de pundonor y astucia, es *más hijo* de Morelos que el *Regente* Almonte con todo y su pseu-

(1) « El niño *al monte!* » era la orden del cura para poner en salvo á su hijo infante, á la hora del peligro.... Es lo que reza la etimología histórica generalmente aceptada.

dónimo histórico y sus cruces de mérito militar.

Pero no procedamos como las biografías laudatorias. La filiación psicológica Morelos-Díaz, en caso de existir, tendrá que establecerse poco á poco, no con ideas preconcebidas, sino en virtud de referencias de los hechos y caracteres de la personalidad moderna á la antigua, en su doble composición militar y política.

« Á todo esto ¿ quién fué Morelos? » Es lo que preguntará el extranjero que pasee su vista por estas páginas. Uno de los escollos con que tropieza nuestra Literatura para hacerse legible é interesante fuera del país, es la ignorancia reinante respecto de hombres y hechos que á nosotros, mexicanos, nos son familiares. Nos figuramos que al referirnos á Hidalgo, Morelos, Iturbide etc., todos comprenden nuestras alusiones... Desengañémonos!

En la Exposición Universal de París de 1889 había en el Pabellón de México un gran retrato de Dn. José María Morelos. Estaba colocado en una galería de las más concurridas, aislado de los otros cuadros, en punto favorable para llamar la atención. Aquel tipo de cura viril, aquella caraza de fuertes rasgos, entrapajada de negro, producía en los curiosos la primera impresión de un termidoriano en traje *incroyable*. Luego leían debajo, deletreando, el heroico nombre... que no les decía nada.

Una tarde, el que esto escribe, pasaba por dicha gale-

ría á tiempo que una familia parisiense (papá, mamá y dos señoritas) se detenían ante el retrato de Morelos. *C'est un sauvage!* dijo la mamá. Un empleado mexicano que parecía servirles de guía amistoso manifestó en contra — y en un francés balbuciente trató de comunicarles su alto concepto del héroe — *général très bizarre* (se olvidaba desgraciadamente de que *bizarre* significa *raro* en francés!) y otros epítetos — acabando por compararle con Napoleón I. — La familia no comprendió ó no se dió por convencida más que á medias. Una de las señoritas dijo: *Done, un demi-sauvage!* — *Un demi-sauvage...* apoyó la otra — y se alejaron.

.....

Razón por la cual, si queremos que el extranjero nos comprenda, hay que hacer altos en el curso de nuestra exposición histórica y explicar las citaciones.

En rápida reseña, resumen de historias muy conocidas, va á delinearse la silueta del hombre cuya influencia prevaleció en Porfirio Díaz sobre la de su mismo padrino bautismal y director seminarista Dn. José Agustín Domínguez.

CAPÍTULO II

EL ARRIERO DE HOMBRES

Era en 1812. En tanto que la cabeza del cura Hidalgo, ensartada en un garfio, se pudría lentamente en un ángulo de la Alhóndiga de Granaditas, otro cura insurgente sostenía la idea del primero y le vengaba, venciendo á tantos realistas en tan tupida serie de combates, que la historia de aquel período de la guerra de Independencia mexicana, más parece cuento de caballería. Se llamaba Dn. José María Morelos y Pavón.

Antes de ser cura del pueblo de Curécuaro había sido *arriero* en su temprana juventud, conduciendo una recua entre México y Acapulco. Y en verdad que el arriero, con toda su potencia de andadura, persistía en el jefe insurgente: con una veintena de hombres armados, se dirigió á la costa suriana por la misma ruta que antes recorriera con su hatajo. Engrosando siempre su tropa, somete, de encuentro en encuentro, todas las plazas, desde Chilpancingo á Acapulco. Se posesiona luego

de Cuautla, y con cinco mil hombres sostiene el sitio en una plaza mal fortificada contra ocho mil soldados de las mejores tropas realistas. Regimientos españoles recién desembarcados los componían en parte, y los mandaba el famoso Calleja, reputado el mejor estrategista peninsular que haya combatido en Nueva España.

Setenta y dos días dura aquel sitio de combate sin tregua, y al fin de ellos, Morelos, con una tropa diezmada, despreciando la capitulación y el indulto que se le ofrecían — cuando la ciudad invadida por la peste, hedía de tantos heridos hacinados y cadáveres insepultos — se retira con su columna de combatientes escualidos entremezclada de habitantes pestíferos y hambrientos. Se retira con elegancia maçabra de vencido-vencedor en noche de luna, caballero en un rocín herido al primer ataque de los sitiadores que le persiguen en masa abrumadora. El cura general, saliendo difícilmente de bajo su montura caída, sigue á pie defendiéndose; las mujeres cuautleñas, acogidas entre las filas, le embarazan el movimiento... y sigue en marcha parapeándose tras de las cercas. Cuando se vió perdido, distribuyó su tropa en dispersión ordenada dejando á los sitiadores, dueños de un caserío-sarcófago, burlados.

Ocurría esa retirada en el mes de Mayo (1812). En Agosto del mismo año, engrosando sus restos dispersos que se le unieron hacia la falda del Popocatepetl, ya había logrado, en tercera serie de combates, dominar una vasta región sud-oriental comprendiendo los Esta-

dos de Puebla y Veracruz. Incansable, decide centralizar su dominación, encastillándose en fragosa región defendida por montañas y ríos: Oaxaca.

El hambre persigue de nuevo á sus huestes al atravesar en catorce días de penosa marcha la Sierra Madre en uno de sus más escabrosos ramales. Mendrugos secos, raíces y frutas silvestres fueron por varios días *la ración de marcha* de esa tropa que, salvando montes y vadeando ríos, caminaba desfallecida á atacar una ciudad que, hacia tres meses, se estaba preparando para la defensa. Llega el 22 de Noviembre á la villa de Etla, situada en un valle en cuyos confines, hacia el sur, se levanta Oaxaca; el mismo día intima rendición; el siguiente asalta... Treinta y dos parapetos escalonados que habían costado más de 80.000 pesos, dos mil hombres de tropa con 36 cañones, casi todos los clérigos de aquella ciudad conventual lanzando exorcismos de plomo desde lo alto de sus templos convertidos en fortalezas... con todo eso tuvo que cargar, tras largo ayuno, la recua combatiente del *arriero de hombres*.

CAPÍTULO III

MORELOS Y DÍAZ

(sigue)

La estancia de Morelos en Oaxaca, tomada el mismo día del ataque (23 de Noviembre de 1812) sólo duró algunos meses (1). Eso le bastó para dejar allí profundamente grabado su nombre y su recuerdo.

Las primeras generaciones independientes que surgieron después en ese pedazo de suelo ensangrentado oyeron el nombre de Morelos entre alabanzas entusiastas de unos é imprecaciones de otros... Estas salían del Seminario; aquéllas del Instituto.

EN EL SEMINARIO : « Morelos entró á Oaxaca, no como militar, sino como bandido ! Que los desmanes

(1) Bien conocida es en Oaxaca la casa de Morelos situada cerca del Palacio del Gobierno, en la 1.ª Calle de Trujano. Una placa fijada en el muro exterior conmemora la estancia temporal del héroe : « En esta casa habitó el inmortal Morelos desde el 23 de noviembre de 1812 hasta el 9 de enero de 1813. »

fueron, no de él, sino de una tropa irrepresible ! ¿ Y qué especie de gran general era ese cura renegado que no podía reprimirla ? El saqueo no fué sólo contra el comercio, sino contra los templos. ! Hasta llevarse la túnica de la Virgen que cayó en poder de una negra ! (1).

EN EL INSTITUTO. — « Morelos engrandeció después de la victoria. Apenas tomado Oaxaca, se puso á organizar el Municipio. Estableció la fábrica de armas (Maestranza). Luego, sin cesar de combatir, la emprende con la alta legislación ; fué el primer Constituyente del país, con la creación y sostenimiento del Congreso de Chilpancingo. Que le gustaba el abuso y el saqueo ?... No es cierto ! Aquí ha quedado un documento que prueba lo contrario (2)... »

Ante este género de discusiones, se formaba la conciencia del estudiante que debía ser en el porvenir ge-

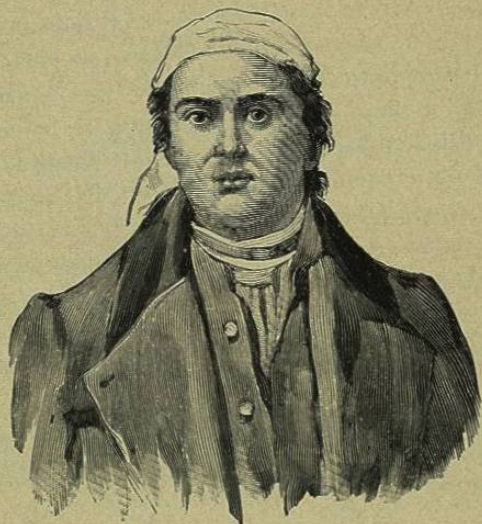
(1) « Á las manos de una negra esclava vino á dar el manto y la capa de rica tela de una imagen de Señora Santa-Anna con lo que ella se vestía de gala los días de fiesta para ir al templo á oír misa. » *Historia de Oaxaca* por el Presbítero José Antonio Gay.

(2) En el Museo del actual Instituto de Oaxaca se guarda bajo cubierta de vidrio un nombramiento para comisión militar expedido por Morelos, del cual entresacamos :

« Dn. José Morelos, generalísimo de las armas en la América Septentrional y depositario del Supremo Poder Ejecutivo por elección de la mayor parte de sus provincias. — Estando informado de las buenas disposiciones que concurren en el capitán Dn. José M. Larios para reclutar gente y armas en el rumbo de Cuautla de Amilpas y en el caso de que tale ó saquee los haberes y de que haya alguna queja justificada de sus procedimientos, quedará en el acto suspensa su comisión y tomare contra su persona las más serias providencias hasta escarmentarle su desobediencia. — Dado en el cuartel generalísimo de Oaxaca á veinticinco días del mes de Enero de mil ochocientos catorce. — José M. Morelos. — Rúbrica, »

CAROLINA ALFONSIÑA

neral sitiador, dueño por el triunfo de ricas poblaciones. Ese germen ideal echa raíces en el fondo de infantil admiración por el héroe de frases soberbias, el que respondía en Cuautla al *bando español* de indulto: « Otorgo



Morelos.

igual gracia á Calleja y los suyos » : el que por toda proclama á sus soldados desfallecidos, inseguros del triunfo, contra una ciudad bien artillada les lanzaba la orden famosa : « Á acuartelarse en Oaxaca ! » el que desde el mismo Oaxaca escribía á su amigo Rayón : « he obte-

nido tabacos y granas que convertiré en fusiles. »

En el cerro de la Soledad que domina á Oaxaca, se señala un lugar, donde el cura Morelos, cansado y hambriento, se sentó á almorzar al silbido de las balas que, sin tocarlo, llovían sobre él desde un fortín vigorosamente defendido por los españoles contra las baterías del insurgente Terán. Morelos no interrumpió su almuerzo por más que redoblaron las descargas enemigas.

De este hecho ¿ sacó Porfirio la creencia en la invulnerabilidad misteriosa del predestinado, creencia que forma una especie de retaguardia al valor en ciertos militares?... Lo bien sabido es que se multiplicaban á su alrededor, en lugares, conversaciones, libros, los rasgos extraordinarios de aquella figura acabada de esculpir por el cadalso.

Algunos rasgos hubieron de afectarle más vivamente : el sacrificio hecho por el generalísimo de su poder personal en favor del Congreso de Chilpancingo, asociación de leguleyos cuya defensa le perdió ; su actitud en frente de ese mismo Congreso cuando rehusó á sus miembros titulados *Excelencias* el alto título de *Alteza Serenísima* con que le brindaron, para optar tan sólo el de *Siervo de la Nación* ; la venta de su casa de Morelia para nutrir y vestir á sus *muchachos* (insurgentes) en días de miseria ; por último, su ejecución desgarradora como facineroso y traidor al Rey (enrillado y por la espalda) ; su muerte sin frases, casi en el mutismo, con solo un gran grito de Cristo, exhalado en el oscuro Calvario de san Cristóbal Ecatepec.